

postulados antifenoménicos enunciados por el propio autor y además anticientífico (aunque usual). Es más espectacular, en efecto, un acto de transgresión de un orden que la realidad flagrante del orden mismo, pero esto no autoriza al pensador a encontrar significativo el primero y no el segundo, ni a construir un concepto positivo basándose exclusivamente en hechos circunstanciales negativos, con desprecio del Hecho Social Positivo.

T. ALVAREZ

JAMES BALDWIN: *La prochaine fois, le feu*; Gallimard, París. 1963. 123 páginas.

Los sucesos ocurridos en el año 1963 en Birmingham (Alabama), Greensboro (Carolina del Norte), Nashville (Tennessee), etc., bien pueden indicar que el problema negro en los Estados Unidos abocaba en una situación revolucionaria que llevaba consigo una amenaza a la propiedad, a la estabilidad del comercio, a los privilegios de la clase blanca. En este sentido indicaban, sobre todo, un conflicto de clases. En esta lucha de clases los veinte millones de negros norteamericanos, que bien pueden ser como la vanguardia del proletariado norteamericano, aunque todavía les falte auténtica conciencia de clase, intenta fundamentalmente su liberación económica y social y no simplemente el reconocimiento de privilegios tales como poder sentarse al lado de un blanco en un restaurante.

Frente a este estado de cosas el libro de Baldwin puede ser el manifiesto de cierto sector de negros norteamericanos formado principalmente por estudiantes, pastores y la clase liberal. Si bien Baldwin aboga por cambios psicológicos y sociales en la actual estructura norteamericana, en definitiva su obra no intenta más que proponer una solución al problema de la discriminación racial en forma de una llamada a la moderación entre las posiciones extremas de las dos clases en oposición. Es, pues, ante

todo, una tentativa de compromiso que puede presentar el peligro de acabar en un simple oportunismo político.

El libro está dividido en dos partes que son un constante lamento sobre las condiciones económicas, sociales y culturales en las que el negro norteamericano, principalmente el negro de Harlem, se desenvuelve.

En la primera parte ("Y mi calabozo tembló" —carta del autor a su sobrino James con ocasión del centenario de la emancipación), después de examinar rápidamente a las anteriores generaciones de negros americanos que creían todo lo que los blancos decían de ellos y que carecían del más elemental sentido crítico debido fundamentalmente al miedo del hombre negro hacia el hombre blanco, acusa Baldwin al país y a sus conciudadanos de destruir miles de vidas de hombres de color. Frente a esto es posible, e incluso aconsejable, adoptar una actitud resignada y fría. Pero lo que no es admisible es que los responsables de tales estados sean inocentes. Su inocencia es lo que constituye su crimen.

La sociedad norteamericana afirma que el hombre negro, por la sola causa de ser negro es de una cualidad humana totalmente despreciable: se le dice dónde puede ir, lo que puede hacer, cómo lo puede hacer, dónde puede vivir y con quién puede casarse.

Llama la atención a los hombres de su raza sobre la verdad que esconden las palabras "aceptación" a "integración". Es siempre deber del hombre negro aceptar al blanco. Y si la palabra "integración" tiene algún sentido es éste: nosotros (los intelectuales negros), a fuerza de amor obligaremos a nuestros hermanos a verse tales como ellos son, a cesar de huir de la realidad y a comenzar a cambiar.

Norteamérica celebra sus cien años de libertad, cien años demasiado pronto.

En la segunda parte el autor recuerda su infancia y adolescencia. Desde muy temprana edad el negro se da cuenta de que está terriblemente amenazado y de que es necesario que encuentre en seguida "una cosa" "un truco", que le sirva de punto de partida. La naturaleza de este truco es absolutamente secundaria. En la adolescencia del negro normalmente el crimen aparece como "la" solución, no como "una" solución, para defenderse de esa amenaza que intuye porque se da cuenta que el blanco no vive conforme a los principios que pregona. El autor, a los catorce años, sufrió una crisis religiosa profunda en la que descubrió a Dios, sus ángeles, sus santos y los fuegos del infierno y que le hizo precipitarse en el seno de la Iglesia. Sin embargo, dos cosas le obsesionaban. Una de ellas es que, tanto él como los hampones de Harlem eran producto de condiciones idénticas. La otra era el miedo que siempre advertía en la mirada y en la voz de su padre. Este miedo hace que millones de seres de color estén subyugados, pero esperando venganza. Es la intransigencia y la ignorancia del mundo blanco quienes harán inevitable esta venganza. A fin de canalizar las fuerzas adormecidas y explotadas de estos seres, los Estados Unidos están obligados a echar a la basura la totalidad de los postulados de los que se han servido durante tanto tiempo para justificar su existencia y sus crímenes.

Es necesario, por otro lado, que los blancos y los negros conscientes intenten hacer de los Estados Unidos un verdadero país y cambiar el curso de la historia, porque si no sería inevitable esa venganza histórica, cósmica que ninguna policía, ni ningún ejército podría detener. Hay que evitar por todos los medios que se cumpla esta profecía tomada de la Biblia: "y Dios dijo a Noé: mira el arco iris en el cielo; el agua no caerá más; me queda el fuego".

J. J. DE ARTEAGABEIIIA

LOUIS BODIN: *Les intellectuels*. Presses Universitaires de France, París, 1963, 124 páginas.

Dos frases nos llevan rápidamente al contenido y a la vez al motivo de este nuevo resumen vulgarizador de la conocida colección "Que sais-je?" de "Presses Universitaires de France". "Los intelectuales están de moda", y más adelante: "es, en efecto, casi tan difícil hablar con sangre fría de los intelectuales como en otro tiempo de los jesuitas".

Empieza por estudiar el nacimiento de la palabra "intelectual" en sentido sustantivo, que existe en inglés desde el siglo XVII, mientras que en francés aparece sólo a finales del siglo XIX. Al parecer, con motivo del asunto Dreyfus, publicó "L'Aurore" del 14 de enero de 1898, bajo el título "Manifiesto de los intelectuales", el texto siguiente: "Los abajo firmantes, protestando contra la violación de las normas jurídicas en el proceso de 1894 y contra los misterios que han rodeado el asunto Esterhazy, persisten en pedir la revisión". Seguían una lista de nombres, entre los que figuraban Emilio Zola, Anatole France, Marcel Proust, Leon Blum y otros. Las reacciones que la innovación lingüística y el texto que amparaba produjeron, véanse por esta muestra: ... ¡Y esta petición que se hace circular entre los intelectuales! El sólo hecho de que se haya creado recientemente esta palabra, *intelectuales*, para designar como una especie de casta nobiliaria, a las gentes que viven en los laboratorios y las bibliotecas, este sólo hecho denuncia una de las extravagancias más ridículas de nuestra época; me refiero a la pretensión de elevar a los escritores, sabios, profesores, filólogos, al rango de superhombres. Las aptitudes intelectuales que, ciertamente, no desprecio, no tienen más que un valor relativo. Para mí, en el orden social, es más de estimar el temple de la voluntad, la fuerza del carácter, la seguridad de juicio. la experiencia práctica. Así, yo no dudo en colocar a tal